

A. Fontán y A. Moure Casas, *Antología del latín medieval. Introducción y textos*, Madrid, Gredos (Biblioteca Románica Hispánica; Textos, 17), 1987, 487 pp.

La Editorial Gredos nos ha ofrecido, en su muy prestigiosa colección Biblioteca Románica Hispánica, una *Antología del Latín Medieval*, obra de los profesores Antonio Fontán y Ana Moure, de la Universidad Complutense. Se cubre de este modo un campo que reclamaba atención muy especial por el progreso de los estudios sobre el latín medieval en nuestro país y el entronque, paciente y cada vez más riguroso, entre la evolución de los romances peninsulares y la desaparición del latín como lengua hablada.

Hace ya tiempo, esta misma colección ofrecía a los estudiosos de la Filología Latina y de la Filología Románica una excelente *Antología del Latín Vulgar*, obra de M. C. Díaz y Díaz, conocida y trabajada por cuantos a estas disciplinas nos dedicamos. Aquella *Antología*, utilísimo instrumento de aprendizaje, sigue siendo, tanto tiempo después, piedra angular de nuestros estudiantes de Latín Vulgar. Similar futuro cabe augurar, en esta ocasión, para la que hoy está en nuestras manos, y ello por varios motivos.

Por primera vez se ofrece al estudioso español una completa visión de la latinidad medieval, con una introducción que alcanza casi cincuenta páginas, una colección de textos que se extiende por otras cuatrocientas y unos utilísimos registros finales. A todo ello me volveré a referir con más detalle. Hasta ahora, es cierto, podían usarse las colecciones de V. Blanco García (Madrid, 1944) o de L. Vázquez de Parga (Madrid, 1952); o la selección de poesía latina medieval de F.J.E. Raby (Oxford, 1974); incluso, los textos recogidos por D. Norberg en su clásico *Manuel pratique de latin médiéval* (París, 1968). Otras colecciones anteriores resultan más inaccesibles a la mayoría de nuestros estudiantes. Sin embargo, ninguna de las colecciones citadas es tan amplia (en lo que a textos seleccionados, épocas abarcadas, géneros comprendidos y autores escogidos se refiere) ni de parecida calidad; añádase a ello la facilidad con que, ahora, cualquier estudiante podrá acercarse al estudio de la latinidad medieval. Estamos, pues, de enhorabuena: gracias a este instrumento, el latín cobrará, a los ojos de quienes se acerquen a él, una dimensión menos caótica, inabarcable y tediosa; y no es difícil que, gracias también a él, afloren nuevas vocaciones

y energías para profundizar en los estudios sobre la latinidad medieval de que tan faltos estamos en nuestro país.

Los autores de la *Antología* no se han limitado a seleccionar unos textos, lo que ya hubiera sido útil. En la Introducción se recogen los siguientes epígrafes: El latín de la Edad Media, Rasgos más comunes del latín medieval: Fonética y fonología, Cuestiones morfológicas y morfosintácticas, Generalidades de sintaxis, Algunas cuestiones literarias respecto de la prosa y del verso, El latín después de la Antigüedad, La segunda latinización de Europa, La experiencia irlandesa, La periodización del latín de la Edad Media... Todo ello, sin ser un tratado de Latín medieval, sí constituye una buena carta de presentación que, unida a las introducciones particulares a cada autor y texto seleccionado, las notas a pie de página y los registros finales, formaría, sin duda, los mimbres fundamentales a la hora de tejer el cesto del Latín Medieval. La selección bibliográfica que precede a la antología, está ordenada temáticamente: Léxicos generales, Léxicos particulares, Colecciones de textos, Índices de escritores y de obras, Estudios y monografías más utilizados, Otros estudios.

En cuanto a los textos seleccionados, se agrupan, en primer lugar, por épocas, en segundo lugar por áreas culturales. Así, la primera etapa de la latinidad medieval, «De la Antigüedad tardía al latín carolingio», ofrece dieciocho autores u obras —con varios textos de cada uno de ellos—, ordenados del siguiente modo: autores itálicos, africanos, de las Galias, insulares e hispánicos; cada autor u obra van precedidos de una introducción sucinta, con bibliografía, y los textos, anotados a pie de página. Aquí se pueden leer desde pizarras visigodas o la *Regla* de san Benito hasta san Ambrosio, Gregorio de Tours o Columbano, pasando por actas de concilios, etc. La segunda etapa, «La edad carolingia», comprende veinte autores u obras, ordenados de acuerdo con su pertenencia a la corte imperial, otros escritores continentales y autores hispánicos hasta el año 1000: Paulo el Diácono, Eginardo, Rábano Mauro, Hrotswitha de Gardersheim, Álvaro de Córdoba o la Crónica de Alfonso III, entre otros, tienen cabida en estas páginas. La tercera etapa, «Siglos XI y XII», incluye veinticuatro autores u obras hispánicos o no hispánicos: entre los primeros, la *Historia Silense*, *El poema de Almería* o textos del *Cancionero amoroso* de Ripoll; entre los segundos, antifonas marianas, Pedro Abelardo, Himnos de San Bernardo o Juan de Salisbury. La cuarta y última etapa, «Después del 1200», presenta catorce autores u obras, diferenciados, de nuevo, por su procedencia hispánica o no hispánica: desde Privilegios de los reyes de Castilla a la ciudad de Vitoria, la *Crónica del Toledano* y Raimundo Lulio, entre los primeros, hasta algunos *Carmina Burana*, verso y prosa de Tomás de Aquino, pasajes de la *Legenda Aurea* de Jacobo Vorágine, comedia elegíaca, Dante Alighieri o unos fragmentos del Kempis, entre los segundos.

El conjunto resulta espléndido, por la variedad de épocas, áreas culturales, autores y géneros literarios recogidos. Tal selección justifica sobradamente el interés del estudio de la latinidad medieval, que concierne, ya, no sólo a historiadores y filólogos sino también a los interesados por la

filosofía, la historia de la ciencia y otras muchas disciplinas cuyo cultivo en el Medioevo gozó de especial simpatía. Pero esta *Antología* ofrece, además y como decía más arriba, una serie de «registros» que deben ayudar en gran manera a los estudiantes, en particular, y a los investigadores en general: los hay de metros utilizados y aparecidos en la *Antología*, de particularidades métricas y prosódicas de estos fragmentos—o lo que es lo mismo, de la versificación latina medieval—, de fonética, morfología y sintaxis, y finalmente, de géneros y asuntos reflejados en estas numerosas páginas.

Haciendo nuestra la concepción expresada por los autores de la *Antología* en la nota preliminar, «lengua latina y cultura medieval europea son realidades inseparables, que no se alcanzan a entender la una sin la otra», no nos queda sino subrayar el extraordinario interés que este libro habrá de suscitar entre los filólogos, clásicos, románicos e hispánicos, los historiadores de la literatura, los medievalistas en general, y todos aquellos que sienten afición por conocer el marco cultural, espiritual y lingüístico en que nació y se desarrolló nuestra vieja Europa.

ANTONIO ALVAR EZQUERRA
Universidad de Alcalá de Henares

Libro de Apolonio, Edición de Carmen Monedero, Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 157), 1987, 351 pp.

No hace mucho tiempo, Ángel Gómez Moreno señalaba al reseñar la edición del *Rimado de Palacio* realizada por Germán Orduna para la editorial Castalia (*El País Libros*, n° 407, jueves 20 de agosto de 1987, p. 5e), que la editorial mencionada «muestra tras algún desliz, su deseo de ofrecernos excelentes ediciones de textos medievales». Efectivamente: aun manteniendo siempre un nivel más que decoroso en la calidad científica de sus productos, Castalia ha puesto en circulación últimamente varias ediciones de obras medievales francamente elogiables: la arriba mencionada, la del *Calila e Dimna* realizada por Juan Manuel Cacho Blecua y María Jesús Lacarra y la de las *Cantigas de Santa María de Alfonso X* llevada a cabo por Walter Mettmann. Una más —y que siga la racha— viene a sumarse a esta serie, y es la aquí reseñada. Me apresuro a adelantar mi juicio: nos hallamos ante una edición recomendable por muchas razones, que desde ahora mismo se convierte en la mejor de las existentes, aparte, por supuesto, de la imprescindible por muchas razones, aunque muy costosa, *editio maior* de Manuel Alvar.

Una de las mejores alabanzas que, a mi entender, se pueden hacer al trabajo de Carmen Monedero es que en todo su transcurso se puede advertir la impronta intelectual de la persona a la que está dedicado: don Rafael Lapesa. Cualquiera que —como la autora de la edición y, dicho sea con mal disimulado orgullo, el autor de esta reseña— haya tenido la fortuna de recibir directamente en las aulas y seminarios las enseñanzas de Lapesa,